
Las dos caras del Reino Unido

[Tim Hames](#)

- ***Prospect***,
nº 95,
febrero 2004, Londres

Las palabras pueden convertirse en bombas que provocan reacciones en cadena mucho mayores de lo que sus autores pretendían. Basta leer el sesudo artículo sobre inmigración y sociedad que ha provocado una espectacular polémica en el Reino Unido. El texto apareció en *Prospect*, una elegante revista dirigida a un público interesado por los asuntos internacionales y abundante información cultural.

El director de *Prospect*, David Goodhart, hijo de un antiguo parlamentario conservador y partidario del Nuevo Laborismo del primer ministro Tony Blair, esboza un argumento relativamente sencillo. Afirma que existe una tensión entre dos valores apreciados por los progresistas: la diversidad social y el Estado de bienestar. Por un lado, se considera la diversidad social como algo bueno, y una inmigración procedente de numerosas culturas, algo que debe ser loado. Por el otro, sin embargo, sucede lo mismo con un Estado de bienestar sólido, que supone un acuerdo social que exige un fuerte sentimiento de solidaridad social.

Goodhart propone resolver este dilema mediante un manejo escrupuloso de la inmigración, gracias al aumento de los controles fronterizos y la reducción de la posibilidad de ser automáticamente beneficiario de las prestaciones sociales, entre otros principios, algo que ya planteó el ministro de Interior laborista, David Blunkett. El autor también insta a los políticos de centro-izquierda a pecar de exceso de cautela en la cuestión de la inmigración, y escribe cosas como "en el tema de la identidad, se puede diferenciar una tercera vía que no es ni el asimilacionismo coercitivo de la derecha nacionalista, que rechaza todo elemento de una cultura extranjera, ni el multiculturalismo, que rechaza una cultura común".

Estas opiniones pueden no parecer particularmente explosivas. Pero se trata de un tema tan delicado que Goodhart ha obtenido con su número de febrero el mismo efecto que si lo hubiera sacado a los quioscos envuelto en dinamita. Trevor Phillips, presidente de la Comisión para la Igualdad Racial, le acusó de racismo de ricos. *Prospect* creó una sección especial en su página *web* para hacer frente a las reacciones y hubo miembros de la redacción que expresaron su desacuerdo con las ideas de su director. "David [Goodhart] ha formulado mal el problema y ha acabado por poner exageradamente el acento en la diferencia étnica", amonestaba la subdirectora Allana Prevatt-Goldstein, quien proseguía diciendo que "una revista como *Prospect* debería contribuir a cambiar la percepción de la inmigración como un problema en lugar de aparentar tolerarla".

Pero Goodhart hizo bien en meterse en la boca del lobo, aunque debería haberse preparado para defenderse. Identificó un grave interrogante relativo a una cuestión política que, aunque ya era importante antes del 11-S, se ha hecho peor desde entonces. Los demandantes de asilo, unos niveles récord de inmigración y el miedo al terrorismo forman una combinación potencialmente letal para las democracias europeas y será el centro-izquierda el que más sufra sus efectos.

De hecho, este debate ya no se refiere a los problemas raciales tradicionales. Los nuevos inmigrantes que llegan a Gran Bretaña proceden sobre todo de los Balcanes y de países como Afganistán o Irak, y últimamente el alarmismo de la prensa se ceba en el potencial flujo procedente de Europa del Este. Lo que se discute en realidad es cuánta *diferencia*

puede soportar una sociedad antes de llegar a carecer de la *uniformidad* que la mantiene unida.

¿Llegará el texto de Goodhart a afectar a la política británica de inmigración a largo plazo? Es muy probable, sobre todo si se tiene en cuenta su oportunidad. Su argumento ha ofrecido a una parte del Partido Laborista unas ideas que, aunque razonables, habían permanecido largo tiempo reprimidas en nombre de lo políticamente correcto.

Digan lo que digan sus críticos, Goodhart no ha hecho del racismo algo respetable intelectualmente. Más bien ha tratado la cuestión de la diversidad de un modo que permite hacer intelectualmente viable el consentimiento de la sociedad a la reforma de la inmigración. Ha rendido, pues, al centro-izquierda un noble servicio, aunque éste no parezca estarle muy agradecido.

ENSAYOS, ARGUMENTOS Y OPINIONES DE TODO EL PLANETA

[Tim Hames](#)

Prospect,

nº 95,

febrero 2004, Londres

Las palabras pueden convertirse en bombas que provocan reacciones en cadena mucho mayores de lo que sus autores pretendían. Basta leer el sesudo artículo sobre inmigración y sociedad que ha provocado una espectacular polémica en el Reino Unido. El texto apareció en *Prospect*, una elegante revista dirigida a un público interesado por los asuntos internacionales y abundante información cultural.

El director de *Prospect*, David Goodhart, hijo de un antiguo parlamentario conservador y partidario del Nuevo Laborismo del primer ministro Tony Blair, esboza un argumento relativamente sencillo. Afirma que existe una tensión entre dos valores apreciados por los progresistas: la diversidad social y el Estado de bienestar. Por un lado, se considera la diversidad social como algo bueno, y una inmigración procedente de numerosas culturas, algo que debe ser loado. Por el otro, sin embargo, sucede lo mismo con un Estado de bienestar sólido, que supone un acuerdo social que exige un fuerte sentimiento

de solidaridad social.

Goodhart propone resolver este dilema mediante un manejo escrupuloso de la inmigración, gracias al aumento de los controles fronterizos y la reducción de la posibilidad de ser automáticamente beneficiario de las prestaciones sociales, entre otros principios, algo que ya planteó el ministro de Interior laborista, David Blunkett. El autor también insta a los políticos de centro-izquierda a pecar de exceso de cautela en la cuestión de la inmigración, y escribe cosas como "en el tema de la identidad, se puede diferenciar una tercera vía que no es ni el asimilacionismo coercitivo de la derecha nacionalista, que rechaza todo elemento de una cultura extranjera, ni el multiculturalismo, que rechaza una cultura común".

Estas opiniones pueden no parecer particularmente explosivas. Pero se trata de un tema tan delicado que Goodhart ha obtenido con su número de febrero el mismo efecto que si lo hubiera sacado a los quioscos envuelto en dinamita. Trevor Phillips, presidente de la Comisión para la Igualdad Racial, le acusó de racismo de ricos. *Prospect* creó una sección especial en su página *web* para hacer frente a las reacciones y hubo miembros de la redacción que expresaron su desacuerdo con las ideas de su director. "David [Goodhart] ha formulado mal el problema y ha acabado por poner exageradamente el acento en la diferencia étnica", amonestaba la subdirectora Allana Prevatt-Goldstein, quien proseguía diciendo que "una revista como *Prospect* debería contribuir a cambiar la percepción de la inmigración como un problema en lugar de aparentar tolerarla".

Pero Goodhart hizo bien en meterse en la boca del lobo, aunque debería haberse preparado para defenderse. Identificó un grave interrogante relativo a una cuestión política que, aunque ya era importante antes del 11-S, se ha hecho peor desde entonces. Los demandantes de asilo, unos niveles récord de inmigración y el miedo al terrorismo forman una combinación potencialmente letal para las democracias europeas y será el centro-izquierda el que más sufra sus efectos.

De hecho, este debate ya no se refiere a los problemas raciales tradicionales. Los nuevos inmigrantes que llegan a Gran Bretaña proceden sobre todo de los Balcanes y de países como Afganistán o Irak, y últimamente

el alarmismo de la prensa se ceba en el potencial flujo procedente de Europa del Este. Lo que se discute en realidad es cuánta *diferencia* puede soportar una sociedad antes de llegar a carecer de la *uniformidad* que la mantiene unida.

¿Llegará el texto de Goodhart a afectar a la política británica de inmigración a largo plazo? Es muy probable, sobre todo si se tiene en cuenta su oportunidad. Su argumento ha ofrecido a una parte del Partido Laborista unas ideas que, aunque razonables, habían permanecido largo tiempo reprimidas en nombre de lo políticamente correcto.

Digan lo que digan sus críticos, Goodhart no ha hecho del racismo algo respetable intelectualmente. Más bien ha tratado la cuestión de la diversidad de un modo que permite hacer intelectualmente viable el consentimiento de la sociedad a la reforma de la inmigración. Ha rendido, pues, al centro-izquierda un noble servicio, aunque éste no parezca estarle muy agradecido.

Tim Hames es subdirector, editorialista jefe y columnista del periódico londinense The Times. Ha sido profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Oxford.

Fecha de creación
11 septiembre, 2007